

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1625 MONTERREY, MEXICO

ERMINIA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Abdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

PRÓLOGO

Una de las más grandes desdichas de la verdad, es que ésta sea inverosímil. Por esto la ocultan á los ojos de los reyes tras el velo de la adulación, y á los de los lectores bajo el artificio de la novela, que no es, como algunos creen, exageración de lo posible, sino amortiguada pintura de lo real.

Cuando esté cansado de ser novelador, tal vez cultive la historia; entonces narraré ciertos lances contemporáneos y auténticos tan verdaderos, que nadie querrá creerlos. Interin llega este día, y como mi colección, ya numerosa, no puede sino aumentar en lo porvenir, voy á extraer de ella, en pro de aquellos lectores que no gustan más que de lo fresco, una sencilla historia, de la cual únicamente cambiaré los nombres.

Muerto yo, entre mis papeles se hallarán los verdaderos de los principales personajes.

A. D.

I

EN BUSCA DE HABITACIÓN

En una de las mañanas del mes de septiembre de 185..., y por una desierta calle del barrio de San Germán, de esas que parecen construidas expreso para el recogimiento y el trabajo, pasaba un joven con la mirada fija en los dinteles de las puertas para ver si alguna de ellas ostentaba la tradicional rotulata, generalmente escrita en los términos y ortografía siguientes:

PEQUEÑA HABITACIÓN DE SOLTERO

PARA ALQUILAR POR EL RESTO DE LA
TEMPORADA

El portero dará rrasón

Sabido es que las palabras que componen la última línea, á menudo son de mano del

portero; por esto se hallan en los mencionados rótulos irregularidades que denotan en ese individuo tan honrado como arrogante de su educación, un modo extraño de interpretar la lengua.

Cierto es que si entráis y entabláis conversación con él, de buenas á primeras advertís que si la escribe mal, todavía la habla peor, lo que no deja de ser una compensación, si bien flaquísima.

Como decía, nuestro joven iba siguiendo sus investigaciones, cuando, al lado mismo de una gran puerta cochera y en lo alto de otra más humilde, leyó el hospitalario rótulo.

El desconocido entró en el zaguán, buscó lo que nunca se halla, esto es la llave de las vidrieras de la portería, *y después de larga é infructuosa averiguación, resignóse á esperar que el buen viejo,—que tal debía ser el portero,—quisiese advertir su presencia.

Levantóse por fin el portero, colocó en una silla sus hormas y su tirapié, y después de haberse subido los anteojos algo más al norte de su escandalosamente larga nariz, abrió, y sin decir oste ni moste, tomó una actitud que podía traducirse por un «¿Qué se le ofrece á V.?»

—¿No está por alquilar en esta casa una pequeña habitación de soltero? respondió el

joven á esta pregunta muda y echando mano de la interrogación de costumbre.

—Sí, señor.

—¿Cuánto?

—Seiscientos cincuenta.

—¿Qué piso?

—Cuarto.

—¿Y se compone?

—Hombre, se compone de una antesala, un pequeño comedor, dormitorio y de un cuarto que podría utilizarse para salón.

—¿Puede verse?

—Sí, señor.

El portero salió, cerró la puerta de las vidrieras, se metió la llave en el bolsillo, tomó la del piso, miró si alguien venía y echó escalera arriba seguido del joven.

La habitación estaba libre y podía ocupársela inmediatamente: el joven pasó de una pieza á otra y examinó muy superficialmente, dicho sea en honor de la verdad, si ofrecía ó no comodidades, ocupándose casi únicamente en el papel, las puertas y los techos, que halló en bastante buen estado.

Por último el portero le hizo entrar en un cuarto tocador del que por olvido no había hecho mención, el cual miraba á un patio cuadrado y estaba cerrado enfrente por la pared de la casa vecina, en cuya pared ha-

bía cinco ventanas colocadas perpendicularmente.

Dicho aposento acabó de decidir al joven, quien preguntó si los seiscientos cincuenta francos eran el último precio de la habitación.

—Ni un céntimo menos, respondió el portero. Mire V., últimamente rentaba setecientos; si bien hay que decir que lo ocupaban dos, marido y mujer, gente por lo demás muy pacífica, y que cuando tuvieron que abandonar la casa experimentaron un gran disgusto. Pero como el marido ha sido nombrado miembro del Instituto, se han visto obligados á disminuir los gastos. Pues como íbamos diciendo, el casero, á trueque de tener por inquilino un soltero, no repara en sacrificar cincuenta francos. ¿Está V. soltero?

—Sí.

—Pues quédese V. con el piso este; para un soltero está que ni pintado; mira á oriente y el sol no le deja en todo el día; tiene tres ventanas que dan á la calle, y un cómodo y desahogado gabinete también con una ventana, y en el que en caso de necesidad podría colocarse una cama para un amigo ó para un criadito. ¿Tiene V. criado?

—No.

—Pues si V. quiere, mi mujer ó yo cuidaremos del piso.

—Me conviene el piso este, dijo el joven saliendo á la escalera é interin el portero cerraba la puerta; pero no doy por él sino seiscientos francos.

—Si no halla V. inconveniente en dejarme nota de su domicilio, le llevaré la contestación que me dé el casero. Por lo demás, ya ve V. que la casa es muy tranquila. En el principal vive una señora anciana sola; el segundo está para alquilar, el tercero está vacío, y el de encima del de V. lo ocupa un joven supernumerario del ministerio de Instrucción pública, llamado D. Alfredo; es decir lo ocupa, no lo ocupa, porque la mayor parte del año vive en provincias con su madre. Ahora lo que no consentimos redondamente en la casa, son gatos ni perros. ¿Cria usted animales?

—No.

En esto llegaron á la habitación del portero, el cual abrió, buscó algo sobre una cómoda en la que había dos jarrones con flores artificiales, dió á su futuro inquilino una pluma problemática que no favorecía lo más mínimo al ganso que la proporcionara ni al que cortado la había, colocó sobre su mesa una hoja de papel de cartas al lado de un tintero de porcelana que figuraba el emperador y tenía el depósito de la tinta en el

sombrero, y el joven escribió las siguientes señas: «Eduardo Didier, calle, etc.»

—Perfectamente, dijo el portero en leyendo la dirección. Mañana me pasaré por su casa de V., continuó mientras conducía al joven hasta la puerta de la calle. No necesito decir á V. que tanto el casero como yo estamos empeñados en que en la casa no haya sino inquilinos pacíficos. Sabemos lo que son jóvenes; pero los hay que abusan, que reciben á... á mucha... en fin á mucha gente que hacen ruido, y entonces los inquilinos se quejarían, y esto nos acarrearía serios disgustos.

—Yo no recibo sino á la gente estrictamente necesaria, contestó el joven alejándose.

El portero se sonrió de un modo insulso de que sólo los necios tienen el privilegio.

Pocos pasos había dado Didier, cuando se encontró con un amigo que tres ó cuatro meses antes saliera de viaje y estaba de regreso hacia algunos días.

—¿De dónde vienes? preguntó el recién llegado, que se llamaba Edmundo L., á su amigo, después de las primeras palabras arrancadas por la admiración y la alegría de verse de nuevo.

—De ver un piso que voy á alquilar.

—Yo estoy buscando uno. ¿Está lejos de aquí el tuyo?

—No.

—Pues si no te sirve de incomodo, subamos á verle; si me gusta y tú no te decides me quedaré con él.

—Por desgracia, contestó Eduardo, es más que probable que yo lo tome.

—Sea lo que fuere, vamos á verlo.

Los dos amigos hicieron subir otra vez al portero, y una vez en la habitación, Edmundo quedó extasiado de ella.

—Amigo mío, dijo éste á Eduardo, desde hace ocho días que he llegado y estoy buscando habitación, y no he hallado ninguna tan linda como esta. ¿De veras vas á alquilarla?

—Ya te he dicho que sí.

—Lo siento en el alma. Y diga V., añadió, dirigiéndose al portero, ¿no hay en la casa otra parecida á esta?

—No, señor; las demás son más grandes y más caras.

—Lo siento, lo siento de veras, repetía Edmundo.

—Y qué tal el viaje ¿te ha probado? preguntó Eduardo á su amigo, mientras se dirigían escalera abajo.

—Sí.

—¿Te ha ocurrido algún lance?

—¡Ni uno! Como sabes, tengo veintidós años y hace dos voy en busca de una pasión; es inútil; en esto me pasa lo que con la habitación: no la hallo. Me fuí á Italia, porque me decía que los franceses son los amantes naturales de las italianas, y para que lo sepas, todas se me reían en las barbas.

—De modo que has vuelto...

—Como me fuí; pero ayer he escrito á una, y debo ir por la contestación.

—Ella sea como anhelas.

—Si no tomas el piso ese, repitió Edmundo al despedirse de Eduardo, mándamelo á decir.

—Está bien.

—Adiós.

Como se ha visto, Edmundo era un tipo; pero tipo cócora. Nunca se ha visto hombre más tieso ni de más poca gracia que él; siempre vestía una moda atrasada; siempre parecía que el traje y él estaban en pugna abierta. Era uno de esos individuos á quienes las mujeres miran con horror, porque no teniendo respecto de ellas más teoría que la que un colegial, al tratarlas quieren pasar por sollastres; pero como las mujeres conocen con quien se las han, si son de apacible condición se ríen de ellos, ó les ponen de patitas

en la calle si son de malas pulgas. Si un amigo de Edmundo tenía una querida y por mal de sus pecados le presentaba á ella, podía darse por seguro que á los dos días aquélla le preguntaba:

—¡Pero hombre! ¿qué clase de sujeto es ese que me presentó V. antier?

—Un amigo mío.

—Pues de mi parte puede V. decirle que al tomarse la libertad de escribirme lo que me ha escrito, me ha demostrado que era un impertinente y que le prohibo que ponga aquí los pies.

Al principio algunos se incomodaron; pero cuando vieron que el mal era incurable, nadie hizo caso, tanto menos cuanto las cartas del botarate no obtenían resultado alguno y las contestaciones que le daban las mujeres parecían inspiradas por un pensamiento mismo.

Cuanto á Eduardo, con quien debemos entablar más amplio conocimiento, era lo que se llama un buen muchacho, siempre y en todas partes recibido con halago. Suficientemente rico para vivir con independencia, pero estudiante de derecho para tenerlo de no hacer cosa alguna, pronto á sacrificar la vida por un amigo, divertido, vivo, incauto, incapaz de sentir un amor formal y no soñando sino en una unión eterna, añadía á

estas condiciones presencia arrogante y fisonomía burlona á las veces y pasajeramente impregnada de cierta melancolía, cual si ante sus ojos hubiese visto pasar la sombra de su padre ó de su madre, esos dos afectos que abren las puertas de la vida á los demás y que él no conociera. Aun cuando lo presente era para él apacible y lo porvenir se le presentaba sereno, pasaba horas profundamente tristes, horas de esas en que el alma se reconcentra; en que en medio de las carcajadas del día y por entre los efimeros goces del mundo ve ésta alguna figura muerta, poetizada por el tiempo; figura que nos está mirando con los amantes ojos que iluminaron nuestra niñez y que paulatinamente se va desvaneciendo hasta que nos la velan completamente las lágrimas.

En aquellos afectos que en lejanos días le dieran calor y en los cuales interesara pedazo á pedazo su corazón, concentraba Eduardo toda su vida en semejantes horas de recogimiento para hallar consuelo en su momentánea soledad. Mas ¡ay! que lo pasado derrama sin cesar sobre lo presente instantes de melancolía á los que no nos es dado sustraernos en modo alguno, á no ser que venga en nuestro auxilio algún amigo bullicioso.

No sabiendo Eduardo qué hacer en tales días, que precisamente eran aquellos en que el tiempo estaba sombrío, se recogía temprano, y en medio de la soledad de su aposento, alumbrado por dos bujías, los recuerdos se convertían en sus huéspedes, y atrayéndole la mirada sobre un retrato, sobre un mueble, sobre cualquiera fruslería, le hacían experimentar una de esas alegrías de la infancia que casi siempre concluyen por convertirse en causa de tristeza; luego se acostaba, tomaba uno de los libros de nuestros poetas, con el cual poder hacer confidencia de su tristeza, se dormía, y al día siguiente, si el tiempo estaba despejado, habían desaparecido las visiones y Eduardo volvía á ser el alegre amigo de siempre.

Como se ve, era éste uno de esos tipos bondadosos y abiertamente parisienses, tan contados en realidad como abundantes en la apariencia. Su asistencia, muy poco asidua en verdad, á la Escuela de derecho, y sus costumbres un si es no es aristocráticas, le habían relacionado por una parte con estudiantes menesterosos y por la otra con jóvenes entregados al ocio; resultando que todos le querían, pues á los unos les prestaba con que ir á la Chaumière, y á los otros sus agudezas, que ellos repetían por la no-

che á sus amigos ó á sus queridas, los cuales las celebraban grandemente.

Eduardo dió por terminada su tarea de buscar habitación, y se fué á almorzar; luego y ya en su casa, comparó la futura vivienda con la que iba á abandonar, y al ver que aparte del cambio nada ganaba, empezó á sentir esa pesadumbre que se apodera de nosotros cuando abandonamos nuestra habitación de soltero, por pequeña é incómoda que sea. Entonces nos acuden á la mente todas cuantas escenas se han desenvuelto en ella desde el día en que la ocupamos, las antiguas cotidianas emociones que ha visto nacer y morir, flores de un día, abiertas entre cuatro paredes y que no tienen sino ese aroma á que apellidamos recuerdo. Todo lo echamos de menos entonces, hasta el piano insipido de la vecina, piano maldito que nos persigue á todas las casas que habitamos, maullando mañana y tarde la eterna y nunca aprendida escala; hasta el portero que por la noche nos entregaba nuestra palmatoria y nuestra llave y á las veces una carta inesperada y que nos hacía bendecir casi por un igual la mano que en la nuestra la depositaba y la que la había escrito.

Por la noche de la víspera del desocupo y so pretexto de arreglar la ropa, nos recoge-

mos temprano, en ocasiones acompañados de un amigo que viene á ayudarnos, pero comunmente solos. Una vez en casa abrimos armarios y muebles, todo lo desarreglamos, todo lo manoseamos, y no sabiendo por dónde empezar, tomamos y dejamos mil objetos; luego, de improviso, al tirar de un cajón olvidado, encontramos una carta olvidada también, y tras la primera otra, y otra después; entonces nos sentamos al reborde de la cama, y nos ponemos á leer aquellos renglones reflejo de lo pasado, interrumpiendo la lectura con monólogos mudos, iguales ó parecidos á este: «¡Pobre muchacha! Era una buena chica aquella Luisa. Tal vez me quería. ¿Qué habrá sido de ella?»

De esta suerte, sin saber cómo y sin que hayamos hecho cosa alguna, se pasa la velada, evocando el grato recuerdo de mujeres que, sin pecar puede afirmarse, á la hora misma en que las traemos á la memoria están diciendo á otros las hechiceras y mentidas palabras que en otros días nos dirigieron á nosotros.

Al levantarnos el nuevo sol y cuando sólo nos faltan dos horas para dejar desocupado el piso, todo está todavía menos en orden que la víspera.

Como es de suponer, el portero llevó á

Eduardo una contestación afirmativa, en cambio de cuya contestación éste dió á aquel una cantidad en arras, y sin pérdida de tiempo dió principio al desocupo.

Dos días después nuestro personaje estaba completamente instalado en su nuevo palacio de seiscientos francos anuales de alquiler.



II

EL SACANETE

Hacia poco más ó menos un mes que las cosas corrían por este carril, cuando, un día, Eduardo, al salir de su casa, vió entrar en la del lado una anciana, en la cual debemos decir que no fijó mucho la atención, acompañada de una joven tan bella, que al igual que una diosa lo iluminaba todo á su paso. La joven volvió por un instante la cabeza hacia Eduardo, pero por corto que dicho instante hubiese sido, bastó para que éste notara que la sílfide tenía los ojos azules, negro el cabello, pálido el cutis, los dientes blancos y tal cual los sueñan los pintores poetas, y que en la expresión de su semblante y en el corte gracioso de su cuerpo había un

algo audaz y enérgico que denotaba una naturaleza vehemente y excéntrica.

La joven atravesó el umbral de la puerta cochera, que se cerró tras ella, y desapareció como una visión. Eduardo prosiguió su camino, y una vez en el bulevar, adonde iba todos los días en busca de algún amigo, que indefectiblemente encontraba, la seductiva visión le había desaparecido de la mente al igual que de los ojos.

En efecto, después de haberse paseado un rato y saludado á media docena de conocidos, acabó por hallar uno de su agrado, ya que le tomó del brazo y dió con él un par ó tres de vueltas.

—¿Te vienes á comer conmigo, dijo Eduardo á su compañero, y quieres subir un rato á casa de María? Hace dos días que no la he visto.

Los dos jóvenes atravesaron el bulevar, entraron en una casa de la calle Vivienne, se subieron al quinto piso y llamaron familiarmente.

Una como camarera abrió la puerta.

—¿Está en casa María? preguntó Eduardo.

—Sí, señor.

Eduardo y su amigo entraron en un saloncito adornado con muebles de varias clases, en el que y en torno de una mesa había

sentados dos mujeres y dos jóvenes que estaban hablando estrepitosamente.

—¡Toma! ahí están Enrique y Eduardo, dijo una vivaracha rubia, fresca como un pastel de Muller. ¡Qué dicha! estábamos jugando al sacanete. Siéntanse ustedes si hallan sillas en qué, y jueguen si traen dinero.

—¿Quién gana? preguntó Eduardo después de haber él y su amigo hallado por fin dos sillas.

—Clemencia; pero hace trampa.

Eduardo se inclinó hasta la oreja de María, y en dándola un abrazo la preguntó:

—¿Cómo te encuentras?

—Perfectamente.

—¿Por qué no viniste ayer?

—Porque me sentí enferma.

—Me estás engañando.

—Van veinte sueldos, dijo Clemencia.

—Y yo otros veinte, añadió María. Eduardo, paga por mi; estoy perdiendo.

—¿Quién lleva la banca? preguntó Enrique.

—Yo, respondió Clemencia.

—¿Todavía ella? Con esta ha pasado diez y siete veces.

—*Les canards l'ont bien passé*, cantó una voz de falsete.

- Ea ¿jugamos ó no jugamos? gritó Clemencia. Van treinta sueldos.
- Yo veinte, añadió María.
- Y yo diez, exclamó Eduardo.
- Y yo envido el resto, repuso Enrique.
- As y sota, dijo Clemencia.
- Bueno es el as.
- Galuchet es mejor.
- ¿Qué demonio es eso de Galuchet?
- La sota.
- ¿La sota se llama Galuchet?
- ¡Caramba! ¿cómo quieres que se llame?
- Dime, Enrique, ¿sabes cómo se caza á los cocodrilos?
- No.
- Yo tampoco.
- Gana el as.
- Naturalmente... Galuchet nunca ha perdido.
- Otro talla.
- Envido cinco francos, dijo Eduardo.
- Y yo cuatro, añadió María.
- ¡Yo lo creo! interrumpió Clemencia.
- Y yo veinte sueldos, dijo otro.
- Yo el resto, repuso Enrique.
- Enrique siempre envida el resto y nunca queda nada; deja, que con tanto dinero va á comprarse un coche.
- A propósito de coche. Agustina tiene uno.

- ¡Bah!
- Que sí te digo.
- ¡Tomal
- Siete y diez, dijo Eduardo.
- Bueno es el diez.
- Gana el siete, repuso el banquero.
- ¿Doblas?
- Doblo.
- Envido siete francos, dijo María.
- Cincuenta sueldos, añadió Clemencia.
- Faltan cincuenta céntimos; ¿los envidas tú, Enrique?
- Mañana.
- Mientras envides cuando no hay de qué, y no cuando hay, no vas á arruinarte en el oficio, te lo garantizo.
- La dama es mala, dijo Enrique; ya ha pasado cuatro veces.
- Las dos jóvenes apoyaron sus pequeñas y blancas manos en la mesa, fijaron risueñas y atentas los ojos en los naipes que uno tras otro iban cayendo, y al ver que se sucedían sin resultado alguno, empezaron á insultarlos.
- Lo que de atractivo tiene el juego cuando de mujeres se trata, es que da á la fisonomía de éstas todos los matices de un disgusto real ó de una alegría loca, según pierden ó ganan; y es que no se toman el trabajo de

hacer lo que nosotros, esto es de ocultar las sensaciones que experimentan.

—La dama gana, dijo Clemencia. ¡Llévese pateta al rey!

—Envido veinte francos, dijo Eduardo.

—Y yo diez, añadió María.

—Y yo... nada, repuso Clemencia contando el dinero que tenía delante de sí. Pero ¿y si envidaba cinco francos?

—Yo el resto, dijo Enrique con gesto resignado.

—¡Dos ochos! exclamó Eduardo.

—Te debo diez francos, le dijo María.

—Preferiría que otro sólo me debiese cinco y todavía ganaría otros tantos.

—Tampoco pago yo, dijo Clemencia: tres veces con esta ha pasado; pero, ea, envido diez francos.

—Yo diez.

—Yo cinco.

—¡Cinco!

—¡Diez!

Envidado todo, Eduardo fué volviendo los naipes.

—¡Dos sotas! dijo éste riendo.

—¡Maldito Galuchet! exclamaron las dos mujeres.

—Y te debo veinte francos, prosiguió María.

—¿Quién me compra esta deuda por treinta sueldos? preguntó Eduardo.

Todos guardaron silencio.

—¡Brava confianza! murmuró Enrique.

—Tome V., ahí van mis diez francos, dijo Clemencia haciendo un gracioso mohín; no juego más.

—Talle otro, dijo Eduardo.

Y dirigiéndose á María, que delante de sí ya no tenía dinero, la dijo:

—Me estás adeudando veinte francos ¿no es eso? pues toma, ahí te doy cuarenta y quedamos en paz.

—¿Cuánto había en el juego? preguntó Clemencia á Eduardo.

—Ochenta francos.

—Me quedo otra vez con la banca por esta cantidad.

En esto llamaron á la puerta.

—¡Silencio! dijo María.

Desde la sala se oyó como abrían la puerta y se iniciaba un diálogo entre el que había llamado y la que abriera; luego la puerta se cerró de nuevo con ese estrépito que prueba que se ha dejado fuera al visitante.

La que hacía las veces de camarera entró en la sala y entregó una carta á María, quien en leyendo la firma, la entregó sonriendo á Eduardo, que á su vez la puso en manos de

Clemencia, la cual la endosó á su vecino, y así sucesivamente hasta haber dado la vuelta entera á la mesa y promovido la risa de todos.

—¿Qué le ha dicho V.? preguntó María á Josefina.

—Que estaba V. en Auteuil, en casa de su hermana.

—Voto un luis en favor de Josefina, dijo uno de los jugadores.

—Las cámaras lo conceden.

Josefina recibió el luis.

—Ahora que el fulano ese se ha marchado, ¡adelante con la banca! ¡ochenta francos!

—Veinte, dijo Eduardo.

—Diez, añadió María.

—Quince.

—Cinco.

—Envido el resto.

El temor de que podía perder ochenta francos hizo vacilar á Clemencia. Miró si podía hacer trampa; pero al ver que todos tenían los ojos fijos en los naipes, se decidió y volvió dama y sota.

—Pago la mitad y me marchó, dijo Clemencia.

La dama había ya pasado cinco veces.

—No, no, dijo una voz; siga el juego.

—¡Bravo! ¡Galuchet!

—Otra vez la dama, dijo Clemencia. Continúo y envido ochenta francos; se presenta bien.

—¡Alto! debes pasar la baraja á otro, sólo te queda una jugada.

—Es verdad; pero así no juego más.

—Ahora que has ganado una montaña de oro.

—¡Ya! no gano sino cincuenta francos.

—Te los envido, dijo María.

Clemencia se llevó las manos á la punta de la nariz, abrió los dedos, unió el pulgar de la una con el meñique de la otra, y les imprimió un movimiento conocido.

—Entonces, dijo María, si Clemencia se va no juguemos más.

—Ea, repuso Clemencia mudando de consejo, envido veinte francos.

—Acepto.

Los naipes empezaron á llover de nuevo.

—¿Conoces á Lamberto? preguntó Enrique á Eduardo.

—¿El que estudia derecho? sí.

—Acaba de recibirse en medicina.

—Gano, dijo María tomando los veinte francos de Clemencia.

—Te envido otros treinta, repuso ésta, si me cedes la mano. Decidete pronto, pues tengo que marcharme.

—Acepto.

Clemencia volvió un siete y un nueve: este último ganó.

No se ha visto nunca rostro más consternado que el que puso la jugadora; había para hacer llorar á un turco.

—Envido el resto, dijo Clemencia.

—Acepto, contestó María.

Al volver la tercera carta, el juego quedó para ésta.

Ahora había para hacer llorar á un usurero.

—Propongo que se concedan veintidós sueldos á Clemencia para que se compre un cabriolé milord, dijo Enrique.

—¡Váyase V. al diablo! contestó Clemencia poniéndose el sombrero.

—Escucha, dijo Eduardo á ésta, sobre tu palabra te envido veinte francos, tanto si gano como si pierdo. Ya ves que siempre sales ganando.

—Juego.

Clemencia ganó los veinte francos, se los metió en el bolsillo, se echó sobre los hombros su chal y se fué disparada como una flecha.

—¡Pobre Clemencia! dijo Eduardo.

—Déjala, repuso María, anoche ganó diez y ocho luises en casa de Julia.

En esto los tertulios se pusieron á conversar, y luego fueron desfilando uno tras otro.

Eduardo y Enrique fueron los últimos, y aun María no consintió que se marchasen sino á condición de que volverían en comiendo.

—¡Qué buena muchacha es María! dijo Eduardo mientras bajaba la escalera.

—¿Dónde la conociste?

—En casa Alberto, de ese pobre chico que se encuentra en Africa.

—Vale buena cosa más que Clemencia.

—No hay punto de comparación.

Eduardo y Enrique se alejaron haciendo el elogio de María, la cual salió á la ventana y siguió con la mirada al primero y con una sonrisa al segundo hasta que los dos hubieron desaparecido al revolver de la esquina del bulevar.

Después de haber comido, Eduardo se volvió solo á casa de María.

—Ahora que estamos sin testigos, dijo ésta un si es no es embotijada, va V. á decirme qué ha sido de V. durante estos dos últimos días y qué le ha distraído de venir á verme.

Eduardo se sentó á los pies de su hermoso y severo juez, y empezó á desenvolver un sistema de defensa que hubiera honrado á más de un abogado de fama.

El debate fué largo; el jurado deliberó, y gracias al amor que le merecía el acusado, admitió circunstancias atenuantes y le absolvió libremente.

Ahí poco más ó menos la vida cotidiana que llevaba Eduardo, cuando la graciosa visión de la mañana vino á introducir en ella algunos instantes de suave divagación.



III

BAJO LA MÁSCARA

Se acercaba la temporada de los bailes de máscaras de la Opera; y ya que de ellos vamos á hablar, sépase que en dichos bailes es donde los habitantes de París se aburren más soberanamente, y adonde, por razones que no me explico, vuelven con más gusto. María pues veía con satisfacción llegar esta temporada y se disponía á no perder baile.

Por lo demás, María era una de esas mujeres que sólo solicitan que se las acompañe hasta la entrada del baile, y que una vez en el vestíbulo devuelven la libertad á quien las ha conducido, hasta el instante en que deben hallarle de nuevo, sea para volverse á casa ó bien para irse á cenar.

El primer sábado todo pasó como de costumbre; tan sólo que apenas María se hubo separado de Eduardo, cuando éste se volvió al sentir que le asían la mano.

—¿Estás aguardando á alguien? le preguntó un dominó escondido, envuelto, fortificado en su muceta hasta el extremo de ser imposible adivinar quién era.

—No.

—¿Quieres darme el brazo?

—Con mucho gusto, respondió Eduardo oprimiendo la aristocrática mano de la desconocida y mirándola los ojos para ver si por ellos podía descubrir quién era.

—Es inútil que te afanes, le dijo el dominó, no me conocerás.

—¿Y tú me conoces á mí?

—Mucho.

—Pruébamelo.

—Nada más fácil; pero como lo que tengo que decirte sólo interesa á ti, es excusado que los otros lo oigan. Sígueme.

La desconocida echó á andar, atravesó con desenvoltura la apiñada muchedumbre, llegó á un palco, llamó, y otro dominó abrió la puerta, dejando solos á aquélla y á Eduardo.

—Ahora, dijo á éste la desconocida, respóndeme: ¿amas á María?

—Según y cómo.

—No entiendo.

—Como amiga, mucho; como querida, tal cual.

—¿Y á Luisa, la quieres?

—Menos de lo que yo creía, pero tal vez más que no imagino, respondió Eduardo sonriendo.

—¿Cuáles son los días en que estás triste?

—Los que siguen á los bailes de máscaras, por ejemplo mañana.

—¿Por qué?

—Porque te habré visto demasiado y demasiado poco.

—Por hoy no puedes verme más; así pues, resignate. Sin embargo y para que te consueles, te diré que soy joven y hermosa.

—Tanto más motivo para que mañana esté más triste.

—¿Y qué sería menester para ponerte alegre?

—Volver á verte, ó más bien verte.

—Me verás.

—¿Cuándo?

—Mañana.

—¿Dónde?

—¿Qué te importa con tal que me veas?

—¿Y pasado mañana te veré también?

—Tal vez.

—¿Y te conoceré?

—No.

—¿Quién eres pues?

—¿Quién soy? una mujer que nunca había hablado contigo y quería conocerte.

—¡Ah!

—Ahora, adiós.

—¿Te vas?

—Sí.

—¿Por qué?

—Es preciso.

—¿Tienes marido? preguntó Eduardo, sabiendo, como sabía, que semejante suposición halaga siempre á una mujer en medio de un baile de máscaras.

—No.

—¿Nos vamos los dos juntos?

—¡Qué niño eres!

—¿Por qué me llamas niño?

—Porque lo que me propones es imposible.

—¡Imposible! ¿por qué?

—Porque todavía no te amo bastante y tal vez demasiado.

—Hablas como la esfinge.

—Haz por responderme como Edipo.

—Eres aguda.

—En ocasiones.

—Y corazón ¿tienes?

—Siempre.

—¿Sabes que voy á seguirte?

—¿Y tú sabes que yo te lo prohibo?

—¿Con qué derecho?

—Con el que toda mujer tiene sobre un caballero.

—Adiós pues.

—Hasta la vista, olvidadizo.

Eduardo besó la mano á la desconocida, la cual abrió la puerta del palco y desapareció al través de la muchedumbre; luego aquél se dirigió en busca de María, la halló, y durante el resto de la noche estuvo, no diré muy triste, pero sí muy preocupado.

Al día siguiente, Eduardo no dió un paso sin que mirara delante ó detrás de sí ó de lado, sin interrogar todos los semblantes y todos los ojos; pero fué en vano: no halló indicio alguno que le pusiese en camino de hacerle reconocer á su dominó. Así es que al llegar la noche le devoraba la tristeza.

Al recogerse, el portero le entregó una carta escrita con carácter de letra fino y elegante. Ahí lo que decía la citada carta:

“¿Serás tú de aquellos de quienes dice el Evangelio que tienen ojos y no ven? Si mientras te estabas paseando, en lugar de mirar delante y detrás de ti, hubieses vuelto los ojos hacia arriba, habrías visto.

»La dicha nos viene del cielo; hacia él pues debes mirar... Otro día perdido; peor para ti. Hasta el sábado.

»Sobre el particular no digas palabra á quien quiera que sea; de lo contrario no volverás á verme nunca más. Buenas noches.»

Eduardo se dió una palmada en la frente, se rascó la punta de la nariz, interrogó á su portero, permaneció en pie espacio de una hora contemplando cómo ardía la vela, y leyendo y releendo la carta de que acabamos de dar copia; pero al ver que nada adivinaba, resolvió acostarse.

Sin embargo, por muy incrédulo é indiscreto que fuese Eduardo, no se atrevió á hablar de este lance á sus amigos, temeroso de que envolvese una mistificación, y cada vez que le dirigían alguna palabra relacionada con el baile de la Opera, creía que iban á hacerle servir de bobo y á burlarse de él. Aguardó pues la llegada del sábado siguiente con cierta impaciencia á la que su amor propio calificaba de curiosidad.

Por lo demás, hasta entonces Eduardo no había dado mucho crédito á las intrigas de baile de máscaras, y más las estimó episodios de novela que no una posibilidad de la vida real. Sus aventuras personales siempre dieron fin el día mismo con una cena, con lo

que se había persuadido de que este era el único desenlace verosímil. Con todo, en el tono, en la apostura y en la agudeza de su dominio había algo tan excepcional, en la orden que éste le diera de no seguirle un acento tan digno, y en la carta del día siguiente, palabras tan misteriosas, que se perdía en medio de un caos de conjeturas, como Teseo en los subterráneos, y con gran trabajo se decidía á aguardar hasta el sábado sin mostrar la carta á alguno de sus amigos para, en defecto de una aclaración, pedirle una probabilidad.

Por fin llegó el tan deseado sábado. Eduardo pasó la velada con Maria, quien después de vacilar sobre si iría ó no iría al baile acabó por negarse á ello, cuya negativa tomó aquél por el nudo de una trama; así es que fijó una escrutadora mirada en la joven, si bien por más que hizo nada pudo leer en el semblante de ésta, á no ser que estaba fatigada y que no habiéndose divertido mucho en el precedente baile temía aburrirse todavía más en el del presente día.

Cuanto á Eduardo, pretextó haber dado una cita á dos amigos, y á media noche se salió de casa de Maria.

Lo que primero hizo nuestro héroe, fué ir á mirar por la puerta del palco donde ocho

días antes le habían conducido; pero no vió á nadie en él. Se encaminó pues de nuevo al salón de descanso, que abandonaba de tiempo en tiempo para volver al venturoso palco, hasta que por fin y á cosa de la una de la madrugada sintió un golpe en el hombro y oyó una vocecita que le decía:

—Le están aguardando á V.

—¿Dónde?

—En el palco n.º 20.

—Gracias.

En efecto, Eduardo llegó al número 20, donde halló á su dominó de la semana precedente, á cuya presencia le latió con fuerza el corazón.

—¿Soy puntual? le preguntó aquella voz que le zumbaba en los oídos ocho días hacía.

—Como una acreedora.

—¡Vaya unas comparaciones más bonitas!

—¿No tengo acaso pendiente una deuda para con V., deuda de gratitud, por la seductiva carta que me escribió y que me hace soñar de día y me quita el dormir de noche?

—¿Va V. á estar siempre tan vulgar?

—¿Y V. tan mala?

—¿En qué lo estoy?

—En que me está dando el tratamiento de *usted*.

—Tal vez sea un progreso.

—Entonces toma V. el camino más largo.

—Dejémonos de bromas; estoy triste.

—¿Qué tiene V.? preguntó Eduardo con acento al parecer profundamente afectado.

—¿Qué? repuso la desconocida fijando los ojos en su interlocutor cual si hubiese querido leer en lo más recóndito del corazón y del pensamiento de éste; que me temo que voy á amarle á V.

—Si me dice V. semejantes cosas, remato en loco; pero vamos á ver, ¿dónde estaría la desgracia si V. me amase?

—En que yo no pertenezco á la clase de mujeres que ofrecen mucho y no dan nada, y en que amando á V. corro riesgo de perderme.

—¡Vaya! dijo Eduardo para sus adentros, esto va tomando el sesgo común. Tres francos de coche para ir, sesenta para la cena y tres de coche para la vuelta; total sesenta y seis francos.

—¿En qué está V. pensando?

—En que, respondió Eduardo, que no pudo menos de sonreirse, desde que Eva dirigió estas mismas palabras á Adán en el paraíso terrestre, se han repetido millones de veces en el mundo y ya sería hora de que se inventase algo más nuevo.

—¡Adiós!

—¿Se va V.?

—Le detesto.

—Ea, sientase V.

—Escuche V., repuso el dominó, V. no me conoce. Soy una de esas mujeres capaces de entregar vida y alma al hombre á quien aman: vehementes en su amor, pero terribles en sus odios. Esto le espanta á V. ¿no es eso?

—Únicamente el odio.

—¿Cree V. en algo?

—En todo... ¿Imagina V. acaso que un hombre de mi edad ha perdido ya sus creencias?

—Lo que imagino es que á la edad de V. ningún hombre las tiene todavía.

—¿Por qué?

—Porque no han sufrido bastante y han amado en demasia.

—Se equivoca V., señora; los amores mundanos y ligeros en los cuales parece que gastemos nuestra alma, apenas si consiguen que les dediquemos una mínima parte de nuestra imaginación; por lo que á lo mejor llega una mujer que se pasma de hallar debajo de la ceniza de esos amores extintos, el corazón intacto, como Pompeya debajo de la ceniza del Vesubio.

—Intacto, pero muerto, murmuró la joven.

—Sométame V. á la prueba.

—Si yo le dijese á V.: es menester que me lo sacrifique V. todo; que abandone V. sus queridas; que se juegue diariamente la vida para verme un instante; que nada diga usted á su mejor amigo, ni á su madre, ni á Dios de cuanto yo hiciere por V., y en cambio de ese pelígro diario, de ese silencio constante, le concederé un amor como nunca lo haya gozado V. ¿qué me respondería?

—Que aceptaba.

—¿Y si yo añadiese: Tal vez llegue día en que deje de amarle, y en este caso nada tendrá V. de común conmigo, ni le cabrá el derecho de dirigirme un reproche, ni una palabra, y si de aquí á entonces se vuelve V. perjuro ó comete tan siquiera una indiscreción... le mato?

—También aceptaría, respondió Eduardo con acento de un Horacio al jurar que salvaría á Roma, mientras decla entre sí: «¡Diantre! me gustaría hallar una mujer de semejante fuste; la haría empajar vivo.»

—Ahora rasgue V. mi carta... Perfectamente... Mañana sabrá V. cómo me llamo.

—¿Quién me lo dirá?

—Lo adivinará V.

—¿Cómo?

—Si se lo dijese á V. nada dejaría que

hacer á su inteligencia. Cuando sepa V. mi nombre, me verá, y á las cuatro de la tarde se volverá á su casa para recibir mis órdenes. Le doy á V. tiempo hasta mañana para separarse de María. Hasta luego.

—¿Me lo promete V.?

—Se lo juro.

La desconocida se reunió á la mujer que siempre la acompañaba, y ambas bajaron la escalinata sin hacer poco ni mucho caso del zumbar producido por las agudezas y las invitaciones libres que se cruzaban entre la multitud que dejaban á sus espaldas.



IV

LA CLAVE DEL ENIGMA

Eduardo entró de nuevo en la platea de la Ópera, sin entender pizca de cuanto le estaba pasando. Muchas mujeres le habían hablado de reputación, de nombre y de familia, y díchole que por él se arriesgaban á perderlo todo, para luego y á lo mejor desaparecer y emprender con otro la misma táctica. Con todo nunca le habían exigido juramentos tan formales ni un silencio tan absoluto; así es que estaba todavía indeciso sobre si llevaría ó no llevaría adelante la intriga.

Poco á poco sin embargo y al ver en torno de sí aquella multitud frívola, cubierta de flores y llena de buen humor y de alegría, se convenció de que todas las mujeres eran